

PARAÍSO CUÁNTICO

PENÚLTIMO CUADRO

(Una mesa en el centro del escenario. Sobre ella, hay una Biblia, una caja de Schrödinger con apertura lateral, un Cristo en la Cruz, un Sagrado Corazón de Jesús y una máquina de escribir antigua, negra. Una mujer alta y esbelta escribe en la máquina con dificultades al dictado de un hombre que, con las manos atrás, gira a su alrededor, volviendo una y otra vez sobre el mismo tema, corrigiéndose continuamente. Es muy torpe e indeciso y tiene una expresión feroz. Ella, paciente y amorosamente, saca, tira e introduce nuevas cuartillas en la máquina. En la habitación hay también dos sillas más y un gran sillón. A la derecha, una puerta que permanece abierta y a la izquierda una ventana cerrada.)

Enrique:

Es el gran concepto de la complementaridad.
Lo que en física está más próximo a la libertad
Es el que uno sean dos y lo más simple mitad.
Escribe Margarita con cuidado la fórmula final.

Margarita:

¿La de Einstein o la de Heisenberg? Tú dirás cuál.

Enrique (Muy enfadado, casi ladrando):

¡Ellos nunca dijeron que la naturaleza es dual!
Nunca lo dirían, nunca jamás, jamás, jamás.
La fórmula es mía, solo mía, de nadie más.
Son las mismas letras y los mismos números
Eso es y puede bien ser un lienzo de la verdad
Pero mi interpretación es otra: No es igual.

Margarita:

¿No es igual?
¿No es la de Albert, tal cual?
¿Ni la de Werner, además?
En verdad, señor mío, en verdad
Lo que tú más tienes de admirar
Es que eres un copista genial.

(Enrique es presa de la locura. Se tira al suelo y lo golpea con los puños. Se oye llorar a la Sirena de Copenhague, entre los ladridos de bull-dog proferidos por Enrique.)

Enrique (fuera de sí):

Yo soy un genio, el mayor quizá
Nada ni nadie lo hará cambiar.
El más grande que tiene la ciudad
De la física liliput y de la física total.
Tú eres la que me quieres robar
Mala hembra, hiena, mujer fatal.

Margarita:

No. Yo decía que la complementaridad
Es una generalización de la lucha tenaz
De lo que viene del yin con lo que viene del yang.

Enrique:

¿Qué es eso del yin y el yang?

Margarita:

Nadie sabe en la ciudad
Cuando la boda será
La novia vestida está
Sangre de toro y azahar
Va fluyendo de la fuente
Del agua de Aynadamar.

Enrique:

¡No entiendo nada y eres mi fatalidad!

Margarita:

Trae, majadero, la Biblia a la que vas a violar

(Enrique coge la Biblia de encima de la mesa, la abre y, a medida que Margarita habla, pasa nerviosamente las hojas.)

Pues lo que querrás decir, hombre de pan y de mal,
Es que los ricos del Cristo aún se pueden salvar.
Si un camello, de acuerdo con lo que es dual,
Por el ojo de una aguja puede al final pasar,

(Margarita coge la Caja de Schrödinger e introduce en ella el Crucifijo. La abraza después.)

Tu epéntico Cristo cuántico morirá y no morirá
Y al Cristo de las viejitas desmentirá sin piedad.

Esta es la gran enseñanza que tú debes enseñar.

(Enrique, entusiasmado, besa efusivamente a Margarita. Se oye la campanilla de la Sirena que llama a la alegría.)

Enrique:

Sí. Que está y que no está salvada la Humanidad.

Margarita, querida esposa mía
Fuente oculta de mi originalidad.
Luz de mi búsqueda, sol de mi verdad.
Margarita eres mi vida y mi felicidad.

Margarita:

¿Pondrás mi nombre junto al tuyo
Cuando todo esto quieras publicar?
¿Dirás a las gentes y colegas la verdad?
Que una Biblia cuántica te hice soñar.

Enrique:

Tú no eres más que mi esposa, mi par.
Con sólo la luz de mi nombre ha de bastar.

Margarita:

¿Fue quizá Nagaoka también tu esposo, tu par?
No te pintes de sorpresa. El del átomo saturnal.
Aquél japonés brillante que quisiste apagar
El que sacó los electrones antes que tú a pasear.

Enrique:

Sé quien dices. Un nombre en la eternidad.
Lo mismo que mató al Giordano, al nipo matando está
Que su curioso modelo vino al mundo muy temprano
Y no pudo prosperar.
No pudo ser evaluado por juvenil y genial.
Ni yo pudiera tampoco ir contrario al caudal
Que los otros creadores dieron a mi nombre afán.

Margarita:

¿No mereció tu recuerdo, al menos por caridad?

Enrique:

Silencio amanuense mía. De esto no se hable más.

Vamos, escribe que dicto: un camello pasará
Por el ojo de una aguja y nunca más volverá.

Margarita:

¿Has cogido bien la idea?
Bueno, para el caso es igual
Te llamarán El Oscuro cual Heráclito y en paz.

(Ambos quedan cabizbajos y silenciosos. Sólo pueden oírse algunos gruñidos de perro y gemidos de sirena decepcionada. Al cabo, Enrique se dirige a Margarita y acercando mucho su cara a la de ella, dice:)

Enrique:

Eres Casandra veraz, profetisa equívoca de Apolo, ya cuando cae la tarde.
Bruja celosa asesina, Medea de ámbar umbroso, al filo de la madrugada.
Incestuosa de amor suicida, te transmutas en Fedra a la luz clara del alba
Y eres loca troyana de amor violado, enardecida al otro lado del mar.

Margarita (Sin aparentar temor alguno):

De todo eso te vales y, simulando cariño, arteramente al mundo acechas
Oh, nuevo Agamenón de tu mujer y de tus hijos y tus hermanos.
De todo eso de mí y de todos los hombres y niños te aprovechas
Y difuminas la noble sabiduría con las mañas oscuras del poder arcano.

Robas mis latidos e ideas y mis horas y minutos y mis gestos haces tuyos
Pues nunca se sabrá cuanto, si no es todo, de mi mente hay en la obra tuya.
El clamor de Casandra, Fedra y Medea apenas es para mí tenue murmullo
Que tus aullidos de perro lastimero silenciarán para siempre y ya sin duda.

Y al despertar mi vida en la alborada
Cada día se encenderá ardiente anhelo
De ser una mujer querida y deseada
Pero en ti solo arden sórdidos deseos.

Y a pesar de todo esto yo te quiero.

¡Oh, destino cruel de la mujer con talento regalada!
¡Oh, lucha inútil de las neuronas, las caderas y los pechos
Contra el torvo orbe masculino de mandriles al acecho
Desde la tarde oscura a la siguiente y preclara madrugada!

Y a pesar de todo esto yo te quiero.

(Enrique se retira hasta su sillón gruñendo. Ambos se quedan dormidos mientras la luz de la escena se va disipando lentamente. Entonces, Enrique se levanta silenciosamente sale de la escena y enseguida vuelve con una paloma en las manos. Lleva un mensaje atado en una de sus patas.)

Enrique (en voz baja, acercando su boca a la paloma):

Lo han de saber allá.
Al otro lado del mar
Aunque no sea verdad
Han de creer que los nazis
Una bomba muy grande construirán.
¡Vuela palomita, vuela!
Hasta la alta ciudad
Que sonámbula retumba
Al otro lado del mar.

(Enrique abre la ventana y suelta la paloma que emprende el vuelo por la ventana. Se despierta Margarita sobresaltada.)

Margarita:

¿Qué haces, amor?

Enrique (cariñoso):

Saludo alegre la salida del sol.

(Se oyen golpes en la puerta.)

Enrique:

¿Quién podrá ser a estas horas?

Margarita:

Voy a ver

(Sale)

(Enrique se remueve inquieto en el sillón.)

Enrique (para sí):

Mi madre era judía y muchos en el Instituto también lo son. Temo una visita inoportuna.

(Entra Margarita con el Fürher)

Fürher:

El partido siempre ha estado al lado de las ciencias positivas.

El partido siempre ha apoyado el hacer de los científicos

El partido siempre se ha aliado con la luz y con la vida

El partido nunca ha mantenido a hombres terroríficos.

Margarita:

¿Es eso verdad, señor?

¿A qué debemos entonces el placer de su visita?

Fürher:

Por la forma de rayo con la que la guerra hago

Muchos ahora me nombran tonante Zeus

Mas, pues soy también benefactor de los humanos

Los perfectos arios me están llamando Prometeo.

Y así, efímero, libre y a la vez encadenado,

En guerra feroz conmigo mismo atónito me veo.

(El Fürher rompe a llorar, y se dirige suplicante a Enrique)

Quisiera preguntarte, ¡Oh oráculo saturnal!, por el camino

Que habría de llevarme a la curación y a la alegría.

Huyendo de esta infecunda gran esquizofrenia mía

En la que, impotente y triste, me hundo, sufro y olvido.

Enrique (temblando):

Señor, vos conocéis al gran psiquiatra Sigmund Freud. Él, mejor que nadie, podrá ayudaros.

Fürher (Enfurecido):

No es más que un perro judío sin troche ni moche. Un hociquito distante de los arios y de los clásicos del Hélade. Y aunque yo sé de tus marranos ancestros, tengo garantías sobre tu fervor luterano y de tu desmesurado talento. ¡Ayúdame! Al fin y al cabo, tu rostro no es ajeno al de Cancerbero, el tricéfalo perro guardián del Hades. Tú evitarás que los innumerables muertos que me visitan cada noche vuelvan a alimentar mi desgracia y mi triste locura.

(Suena música de la Valquiria de Wagner.)

Margarita:

Querido esposo mío, ¿ves ya reflejada en nuestro huésped la dualidad?

Él es el túmulo perfecto que implica complementaridad:

Los rayos nocturnos de Zeus, la luz de Prometeo,
La mente esquiva, extraviada, la púrica maldad;
De Téstor y Calcas, los adivinos aqueos,
El mito perfecto, lúdico y final:
La quintaesencia del mal,
La imagen de un Cristo ateo.

(Margarita abre la caja de Schrödinger y saca una imagen del Sagrado Corazón de Jesús en lugar del Cristo y lo expone frente a los ojos del Fürher.)

Enrique:

Apenas si lo percibo vagamente.

Fürher:

¿Soy yo acaso sólo una probabilidad?,
¿El casco que hizo invisible a Perseo?

(Enrique y el Fürher se miran completamente desconcertados.)

Margarita (dirigiéndose de nuevo a Enrique):

Y te digo señor de las órbitas donde reposan los pájaros del miedo:
La Biblia cuántica es el libro de la iniquidad
Claramente ahora lo percibo y lo veo.
El libro violeta de la ambigüedad.
Mitad ario y mitad hebreo.

Fürher:

Deja, mujer, que contemple con calma tu rostro inteligente y moreno,
Las aristas blancas que los años hacendosos han dibujado por tu pelo.

Margarita:

¡Aparta maldito asesino!

Fürher:

¡Ay, ay que ya no os veo!

(El Fürher se desvanece. Margarita y Enrique huyen por la puerta mientras que la Sirena varada de Copenhague llora desconsoladamente y sus lágrimas producen un maremoto en las costas lejanas de África. Suena música de Wagner mientras cae el)

TELÓN